

**Andrea
Camilleri
Conversación
sobre
Tiresias**

Traducción de
Carlos Clavería Laguarda

Epílogo de
Carlos García Gual

En este breve pero intenso texto —hasta ahora inédito en castellano— el maestro siciliano se convierte en Tiresias y se sumerge en su mito para revelar la verdadera esencia del adivino ciego.

Entregado a esa narración viva y carismática tan propia de toda su extensa obra, Camilleri repasa en estas páginas héroes y dioses, escritores y personajes literarios, hila el pasado con el presente y, como Tiresias, escudriña el futuro con su mirada al mismo tiempo ciega y clarividente.

Las voces de Camilleri y del mitológico adivino acaban así por fundirse en este texto íntimo que representa el testamento literario del último gran intelectual italiano.

Incluye un breve epílogo de Carlos García Gual.

CONVERSACIÓN SOBRE TIRESIAS

[Un sillón rústico y una mesilla adornan el centro del escenario. El espectáculo inicia con el sonido de una flauta que llega del exterior. Al poco, sube al proscenio el flautista, al que siguen una decena de niños ruidosos que juegan, ríen y hacen sonar sus matracas.

Tras los niños entra Tiresias, ciego, acompañado por un joven que lo guía hasta el sillón. En cuanto se sienta Tiresias, el flautista y los niños ruidosos salen de escena. Quedan solo el joven, sentado en el tablado junto a Tiresias. Música del grupo Genesis. Un minuto después, Tiresias comienza a hablar].

TIRESIAS: Llamadme Tiresias, por utilizar la expresión de Melville, la del personaje de *Moby Dick*. O mejor «Tiresias soy», como decía algún otro.

Zeus me dio la posibilidad de vivir siete vidas, y esta es una de ellas; no puedo deciros cuál.

Estoy casi seguro de que alguno de vosotros habrá visto representado mi personaje en este escenario hace algún tiempo, pero se trataba de actores que hacían de Tiresias.

Hoy estoy aquí en persona personalmente porque quiero contaros lo que me ha sucedido a lo largo de todos es-

tos siglos, porque quiero aclarar de una vez por todas el cambio que he sufrido al pasar de persona a personaje.

Nací en Tebas, hijo de una ninfa llamada Cariclo y de uno de los fundadores de la ciudad.

Tebas se yergue al sur del Citerón, un monte que tendrá mucho que ver en mi larga historia. No era un monte cualquiera: se distinguía de los otros gracias a las enormes piedras blancas que punteaban el espesísimo verde de los árboles y de las plantas, piedras a las que iban a romper ríos y torrentes de aguas purísimas y fresquísimas. Era un monte mágico en el que todo podía suceder.

Durante mucho tiempo fue el lugar predilecto para los fugaces amores de Zeus. Era un monte en el que todas las metamorfosis eran posibles. A menudo, un Dios mudaba allí en pájaro o en árbol a según de sus intereses.

Sucedía por ejemplo que una muchacha decidía darse un baño en un arroyo y pasados unos meses se descubría encinta.

—¿Quién ha sido, desvergonzada? —gritaba el padre.

—Papá, has de creerme, no he hecho nada. Pero... quizá recuerdes el día que fui a bañarme en el arroyo del Citerón. ¿Y si había allí algún dios metamorfoseado?

Y el padre se veía obligado a creerla.

Cuando construyeron la ciudad de Tebas y fue necesario fabricar la muralla con piedras ciclópeas, las piedras las tenían cerca, en el Citerón, pero a cientos de metros de distancia. ¿Cómo trasportarlas?

Entonces, a uno de los padres fundadores se le ocurrió ir a buscar al poeta errante, Fleuno, que se decía estar dotado de facultades mágicas. Gracias al sonido de su inimitable flauta dieron con él una noche, tras días de búsqueda.

[Entra en escena el flautista tocando la flauta]

Fleuno aceptó el encargo, se dirigió al Citerón y pidió quedarse a solas. Dicen que tocó la flauta durante tres días y

tres noches ininterrumpidamente.

[Fragor]

Al poco, con ruido propio de truenos, las enormes piedras blancas se desgajaron del monte y se deslizaron hacia él. Y como si fueran un rebaño de ovejas rodaron, rodaron, rodaron ordenadamente hasta el punto donde estaba previsto construir Tebas. Y allí se quedaron.

Así, les fue fácil a los picapedreros trabajar las piedras que formaron las orgullosas murallas de Tebas.

Cuando era adolescente, me gustaba mucho dar largos paseos solitarios por el Citerón. Un día, de pronto, sentado sobre una piedra, vi acercarse a dos grandes serpientes enroscadas para practicar el acto de la reproducción. Estaba yo enfrascado en mis pensamientos, por eso reaccioné como no debería haberlo hecho: con las serpientes, en el Citerón, es preciso ser cauto.

Para poseer a Prosérpina, Zeus mutaba en serpiente; y también Cadmo «culebreaba» cuando iba de correrías. De este modo, en aquellos reptiles podía celarse un dios.

Sin más, sin pensar, cogí una rama de árbol y con un golpe violento maté a una de las serpientes: la hembra. En ese mismo instante me convertí en mujer.

Convertirse en mujer no significa solo perder los atributos masculinos y recibir a cambio los femeninos, se trata de algo más turbador, quiere decir que recibes un cerebro de mujer.

Y esto me aterró.

Mejor no conocer profundamente los pensamientos que agitan la mente de una mujer. Encontraremos un cerebro llenísimo: pequeñas exigencias cotidianas conviven con los grandes interrogantes universales, también un flujo continuo de cosas que hacer y de cosas en las que pensar. Y to-

do de manera simultánea, sin sosiego, sin descanso. ¡Un infierno!

Sea como fuere, tenía ya el destino marcado: era una mujer.

Hesíodo, en el relato que hace de esta vicisitud mía, afirma que me aproveché ampliamente del hecho de ser mujer. Confieso que razón no le faltaba al escribir aquellas palabras, porque la curiosidad que supuso encontrarme en un cuerpo que me era extraño fue enorme. Debo admitirlo: no me resistí a experimentar todos los placeres posibles.

Pero con un cerebro así no pude convivir más de siete años. Por tanto, no pudiendo resistir más —desesperado— decidí ir a consultar a Pitia, de edad avanzada y ya un poco senil. Le expuse el problema y me dijo:

—¡Pero si es muy fácil! Si quieres convertirte en hombre solo tienes que volver al Citerón y sentarte en la misma piedra sobre la que te sentaste hace siete años. Verás que tarde o temprano pasará por allí la serpiente macho, el viudo; mávalo.

—Pero Pitia —respondí—, ¿cómo podré saber que se trata de una serpiente macho y que, por añadidura, es la misma que hace siete años?

Pitia intentó darme soluciones, digámoslo, humanamente imposibles de llevar a cabo, como —por ejemplo— la de distinguir hoy en día a un político de izquierdas de otro de derechas.

Al final, también ella resignada, me dijo:

—Mira, haz una cosa: cárgate a una serpiente cualquiera y que Zeus te la convierta en lo que necesitas.

No os lo creeréis, pero Zeus hizo que me conviniera la que maté. Apaleé a la primera que se me puso a tiro y, de repente, me convertí en hombre.

Poco a poco, me quité los vestidos femeninos y me puse una túnica masculina que, esperanzado, había traído conmigo.

Me casé y tuve dos hijos: macho y hembra. Esta última se llamaba Manto y crecía de manera un tanto extraña, más tarde descubrí el porqué.

Todo iba sobre ruedas hasta que un día, en el Olimpo, estalló una discusión entre Zeus y su esposa Hera: un intercambio considerablemente intenso de pareceres, mejor dicho. Debéis considerar que Hera y Zeus no eran solo marido y mujer sino que, sobre todo, eran hermano y hermana. Se amaban y se detestaban apasionadamente. Pensad que la primera vez que se unieron carnalmente, el abrazo duró trescientos años.

Fueron los peores trescientos años de la historia del mundo. Todo se caía a pedazos, reinaba el caos, todos pedían la intervención de Zeus, que se quedaba allí recluido con su Hera y que durante todo aquel tiempo no atendió la petición de nadie.

¿De qué discutían Zeus y Hera? Litigaban con la intención de establecer quién goza más en el acto sexual, si el hombre o la mujer.

Entonces a Zeus se le ocurrió la infeliz idea de pedirme un parecer en calidad de experto; no en vano yo era hombre, pero había sido mujer. Y este fue el origen de mis desventuras.

Antes de responder lo pensé un segundo. No porque no supiese la respuesta, sino porque necesitaba saber a quién me convenía desencantar, si a Zeus o a Hera. Decidí tomar partido por esta porque sabía de sus incontenibles ataques de ira y de sus atroces venganzas largamente meditadas.

Así, contesté que existen diez grados de placer durante el acto sexual, y que la mujer goza nueve de ellos y el hombre solo uno.

Con esta respuesta sucedió algo imprevisible, justo lo contrario de lo que había previsto.

¿Hubiera podido acaso imaginar que fuera Hera quien sostuviera que goza más el hombre que la mujer?

Hera se puso hecha un furia y esta vez no lo pensó ni un momento, se vengó inmediatamente: me puso la mano sobre los ojos y me cegó.

A lo largo de los siglos han sido muchos los escritores, los historiadores, que han intentado explicar la reacción de Hera y no han sabido encontrar una respuesta.

Yo la intuí. Debería haberme atendido al proverbio secular que dice: «Sobre el sembrar y el casar, no quieras consejo dar».

Es posible, digo, es posible que la respuesta hiciera entrever a Hera un mundo de placer que nadie (ni siquiera Zeus en aquellos primeros trescientos años) había sido capaz de hacerle gozar.

En ese momento yo, ciego, me puse a gritar:

—¡Qué bromas de mal gusto son estas! ¿Me llamáis para que haga de mediador y acabo ciego? ¡Zeus, devuélveme la vista!

Pero Zeus me explicó que no se contaba entre sus facultades la de inmiscuirse en lo que hacía otro dios. ¡Chorradas! ¿Era o no era el rey de los dioses? Podría haberme hecho el favor perfectamente, sucede que temía la reacción de su señora esposa.

Me dijo que, como mucho, podía compensarme con algún don o favor, y entonces me concedió el de la «adivinación» y me permitió vivir siete existencias, aunque no de manera consecutiva. Y heme aquí ciego, adivino y capaz de vivir un tiempo prácticamente infinito.

Me veo en la obligación de precisar que existe otra versión para explicar mi ceguera, y es la historia que relató el poeta Calímaco en el quinto de sus *Himnos*.

Mi madre era muy amiga de la diosa Atenea. Un día me pidió que la acompañara al Citerón, a un lugar al que iba la diosa a practicar sus lavatorios y en donde manaba un agua purísima. Imaginad un centro de belleza en mitad de un

bosque. Cuando llegamos a la fuente, la diosa se estaba lavando desnuda.

Alguno de mis detractores medievales escribió que la diosa se enfadó porque yo era un «mirón insaciable», y que por eso me cegó.

¡Hipócritas, mezquinos y morbosos! Esta no es la razón verdadera.

Es cierto, sin embargo, que en aquella ocasión no pude dejar de admirar el cuerpo de Atenea; no porque quisiera mirarle las formas —que también—, sino porque al ser ella la diosa de la sabiduría, de solo mirarla te alcanzaba el saber, el saber absoluto. De todos y cada uno de los centímetros de su cuerpo emanaba el conocimiento absoluto del mundo y de las cosas.

Solo a modo de ejemplo: al mirarle el trasero tuve la certeza de que la Tierra era redonda y no plana, como entonces se creía. Pero no fue Atenea la que me castigó, no es verdad que me cegó. Cuando se percató de mi presencia dijo: «Chaval, mira para otro lado». Yo obedecí y aquí paz y después gloria.

Poco después empecé a conocer una realidad terrible: a cada humano que encontraba, al instante le adivinaba yo el futuro inmediato, o el lejano. Y el futuro de los hombres y de las mujeres casi nunca es un futuro feliz. Está, por lo general, lleno de amargura, de dolor, de enfermedad, de muerte. Son escasísimos los momentos de felicidad. Y al verlo de manera tan clara, tan nítido y presente, aquel futuro se difuminaba, se me metía en los adentros, me contagiaba, me permeaba.

Así, un día fui a ver a Zeus y le dije:

*Esta capacidad profética mía, oh Zeus,
me la concediste como privilegio.
No es un don, sino la más tremenda
de las condenas.*

Y él me repitió: lo hecho, hecho está. Me dio un solo consejo, que me escondiese del mundo.

Volví al Citerón, encontré un bosque espeso —lleno de ramas trenzadas y de raíces— que tenía en lo más profundo una gruta solitaria. Y allí fui a vivir, miserablemente. Y me nutrí de bayas... de nada, si hacía falta, con tal de no verme ante los ojos todo el dolor del mundo.

Salía de la gruta solo cuando creía que Tebas corría peligro. Entonces me tomaba la libertad de intervenir, al lado de Creonte y de los demás.

Tebas era la patria que amaba, pero precisamente por razón de estas intervenciones algunos envidiosos me definieron como un «intrigante» metido a político que solo buscaba hacerse con el poder.

Otros decían que cobraba a precio de oro las profecías. No sabían que ningún profeta obtiene beneficio de sus videncias porque, si así fuera, yo, todas las semanas, me acertaría una *superlotto* enterita y para mí solo.

Un mal día llegaron dos soldados enviados por el rey de Tebas: Edipo pedía verme inmediatamente.

Preví todo a la velocidad del rayo. Me escondí en el fondo de la gruta y supliqué a los soldados que me dejaran en paz, que dijeran al rey que no habían dado conmigo; pero no hubo manera: me arrastraron a la fuerza a palacio, y me vi ante Edipo.

El recelo que mostré a la hora de responder lo interpretó Edipo, como sabéis, de malas maneras, casi siempre como una ofensa. Me dijo que lo que yo quería era pedir más dinero por las videncias, y también me acusó de tramas políticas en favor de Creonte y contra él. Pero me mostré sereno ante sus ofensas, no porque temiera decirle la verdad, esto es, que él había asesinado, sin saber que lo era, a su padre Layo, y que había yacido, también sin saberlo, con la que era su propia madre, Yocasta. ¡Nada de eso! Lo hice por vosotros, solo por vosotros, pues sabía, adivinaba, que un día iba a nacer un tal llamado Sigmund Freud y él sí, con

lo del complejo de Edipo, iba a arruinar vuestra existencia. Os iba a explicar que todas vuestras turbaciones nacen del hecho que de pequeños habéis deseado a vuestra madre y habéis tramado contra vuestro padre.

Pero no lo conseguí. De hecho, la versión que conocéis es la que os ha contado magníficamente Sófocles y con la que los psicoanalistas freudianos siguen presentando facturas que quitan el hipo.

Y fue en ese instante cuando dejé de ser persona para convertirme en personaje a merced de la fantasía, de la invención y de la manipulación de los poetas, de los escritores, de los directores de cine y de los cantantes.

Cuando intentaron explicar mi personaje, los romanos cargaron las tintas, aunque no sé muy bien el porqué. Cierro es que no ahorraron en críticas, insultos, injurias e insinuaciones. Excepción es Ovidio, que en las *Metamorfosis* explica la historia con absoluta honestidad; por el contrario, un poeta como Horacio me ha difamado continuamente.

La primera vez que se habló de mí fue en la *Odisea*, en el pasaje en que Homero cuenta cómo, a sugerencia de Circe, Ulises viene a verme al Hades —donde paso una temporada— para que le diga cuál es la ruta más adecuada para volver finalmente a Ítaca. La verdad, dicho sea entre nosotros, es que luego no aceptó el consejo y vagamundé por los mares durante todo un decenio, como poco... ¡no me parece que tuviera tantas ganas de volver a casa! Horacio, por el contrario, sostiene que la razón de la visita de Ulises no era la de saber el camino de vuelta, sino la de preguntarme cómo se gana dinero fácilmente pues, según Horacio, soy un experto en tales cosas. Pues bien, este poeta mentiroso afirma que le sugerí a Ulises que se hiciera «cazador de herencias». Explicaré mejor qué quiere decir: aconsejo a Ulises que se busque un vejete rico, viudo, sin hijos ni sobrinos, que se ponga a sus órdenes y satisfaga todos sus deseos, incluso que mienta por él, si llega el caso. En suma, que conquiste el afecto y la confianza del ve-

jete y que lo haga testar en su favor. Luego, una vez redactado el testamento, que lo lleve a dar un buen paseo por un bosque del que, como se puede intuir fácilmente, el vejete ya no saldrá. ¡Horacio se merece una querrela por difamación, y tengo un montón de pruebas para demostrar la verdad de los cargos! Y no digo más, que seguir hablando de este pseudopoeta solo sirve para emporcarme la boca.

Otro, Juvenal, sostiene que yo era no solo ciego, sino que también era sordo. ¡A ver si se ponen de acuerdo entre ellos! Sucede que un colega de ese Juvenal, Estacio, escribió un poema titulado *Tebaida* —hay que leerlo, pero creedme, una película de Dario Argento da menos miedo—, y en él asegura que yo adivinaba el futuro de muchas maneras, y también tras escuchar el canto de los pájaros. ¿Cómo lo hacía?, ¿no era sordo? Estacio afirma además que para adivinar el futuro me dedicaba a la aruspicina, es decir, hacía de destripador de animales y luego mi hija Manto me decía cómo quedaban dispuestas las vísceras de los animales sobre el altar. Parece ser que me haya dedicado también a la nigromancia, ¡qué asquerosidad!, es algo horrendo que no he hecho nunca.

Infamias, y sin fundamento.

Por no hablar de Séneca. Este también escribió un *Edipo rey*, pero aquí mis funciones no eran las propias de un adivino, sino más bien las de un comisario de policía, un Maigret o un Montalbano cualesquiera, por decirlo llanamente. Y es así que no me toca a mí decirle a Edipo que ha sido él quien se ha cargado a su padre, sino al fantasma de Layo que, *motu proprio*, aparece en el escenario y denuncia a su hijo por asesinato.

Como podéis ver, a medida que se cuentan mis andanzas de personaje, el nivel va bajando; como si intentaran reducirme a una especie de pequeño burgués con, si acaso, algo de intuición, pero nada de capacidades adivinatorias.

La guinda la pone Luciano de Samósata, quien dice de mí una cosa equivocada y que tendrá mucha repercusión e

importancia a lo largo de los siglos. También afirma una cosa completamente inventada, pero esta me gusta. La primera aparece en los *Diálogos de las cortesanas*, en donde sostiene que yo era hermafrodita: absolutamente falso. La segunda es una invención que acepto de mil amores. Dice Luciano que yo era capaz de predecir gracias a que Manto me chivaba la posición de las estrellas en el cielo. Y no solo eso, pues parece ser que creé una especie de teoría del cosmos, a saber: como para mí existen estrellas hembras y estrellas macho, y como se gustan irresistiblemente las unas a las otras, se acercan cada vez más, hasta tocarse. Apenas adheridas, las dos estrellas se compenetraban la una en la otra y se convertían en un único cuerpo. Luego explotaban y generaban miles de nuevos mundos.

Nunca he pensado algo así, pero se lo agradezco, porque es una imagen poética que me gusta.

Pasado un tiempo, el Olimpo se convirtió en un desierto. Desaparecieron Zeus, Hera, Atenea; desaparecieron todos los dioses. También lo hizo el monte Olimpo, y sobre mi cielo apareció dibujada una gran cruz.

Creí que mi suerte iba a correr pareja a la de los dioses y a la de todos los mitos que habían definido la civilización griega y la romana, pero no fue así. El destino que he tenido como personaje ha sido muy diferente.

Los escritores protocristianos se comportaron conmigo de manera contradictoria. Hay quien me rechazó y procuró eliminarme de la historia.

Otros, por el contrario, intentaron una operación mucho más sutil, la de cooptarme. Clemente de Alejandría dice que fui un «gnóstico» porque incluso en la muerte conservé razón.

Boecio afirmó que yo era una creación inútil por cuanto el destino del hombre está sujeto a la predestinación divina. ¡Cierto es!, pero esto no significa que quienes tienen el

don de la predicción resulten inútiles. Son utilísimos a todos aquellos que quieren conocer un destino inmediato aunque lo sepan ya escrito.

Luego vino vuestro padre Dante, y digo vuestro porque yo —por suerte— soy tebano.

*Mira cómo se le han hecho pecho las espaldas:
por querer ver demasiado adelante,
hacia atrás mira y hacia atrás camina.
Mira Tiresias, que mudó semblante
cuando, de macho, pasó a ser hembra
y cambió todos los miembros
antes de, tras volver a golpear
con la vara las serpientes enroscadas,
poder verse con vello masculino.*

Como es bien sabido, Dante me manda al infierno —Manto, mi hija, me acompaña— y me pone al lado de los engañadores. Me obliga a caminar, por ley de contrapaso, con la cabeza girada; es decir: camino con el mentón sobre los omóplatos, obligado a mirar el pasado, no el porvenir. Las razones por las que me manda al infierno son dos: la primera es que yo habría engañado a la gente con mis adivinaciones; la segunda me acusa de haber trastornado las leyes divinas al haber mutado de macho a hembra.

Dante sabe perfectamente que la metamorfosis no sucedió por mi voluntad; es más, sucedió todo contra mi voluntad. Pero él tiene puesto el máximo interés en una especie de «*damnatio*», de condena de los poetas paganos en favor de aquellos que predijeron la llegada de su Dios.

La palabras de Dante hicieron mella en la fantasía de los intelectuales de su tiempo y provocaron que cayera sobre mí una avalancha de insultos, insinuaciones, perfidias, calumnias.

El poeta máximo no respeta ni a mi hija Manto, quien —como os he insinuado— de niña era ya bastante extraña. Luego comprendí que ella también tenía el don de prever el futuro. No ha estado a mi altura, esto es cierto, pero me

ha ayudado mucho y mucho ha peregrinado; tanto, que llegó a Italia y aquí fundó una ciudad que lleva su nombre, Mantua.

Yo, Tiresias en persona —no el personaje—, en aquellos años estaba también por Florencia, como Dante. Nadie me conocía, y mejor así, porque eran muchos los frailes poseídos que predicaban la palabra de Dios por las esquinas y que no ahorraban, apenas podían, en injurias contra mí.

Pese a que en aquellos tiempos no existieran las redes sociales, las calumnias no me vinieron solo de Italia, se oían más allá de las fronteras. Jacopo della Lana, por ejemplo, dice que nunca existí, que soy solo una ficción literaria que alcanzó máximo esplendor con Sófocles y Eurípides. Hay también otras versiones. Por ejemplo, un comentarista de Dante del que solo se conoce el apodo, un tal Óptimo, se asocia con Jacopo della Lana para elaborar una teoría que tendrá muchos secuaces. Dice que nunca existí, que soy una especie de emblema que simboliza el paso del tiempo y de las estaciones. Parece ser que podía yo adivinar solo en invierno, cuando el frío mantiene contenidos los vapores de la tierra, por lo que me es posible tener una visión más clara del futuro.

Esta teoría «ecológica» la suscribieron muchos: el llamado Anónimo Florentino, el hijo de Dante, un tal Benvenuto...

Seré breve: hoy, con esto del calentamiento del planeta, me vería en el paro.

Pero no se acaba aquí. Uno llamado Guido da Pisa escribe que en su ciudad ocurrió un caso extraordinario: una muchacha hermafrodita quedó embarazada de una monja y parió una niña. Parece la portada del periódico *Cronica vera*, ¿lo recordáis? Pues bien, tomando como base este hecho increíble, incluso Guido da Pisa sostiene que yo era hermafrodita, que estaba dotado de doble sexo y que hacía de él un uso alternativo. Llega a afirmar que desde pe-